

MÁS ALLÁ DEL SUFRIMIENTO

Por: Esther Alonso Cardona

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el sufrimiento domina el mundo, un sufrimiento que extiende sus redes en el plano físico, en el moral, en el sentimental, incluso en el existencial y que no deja de extender su devastación.

Aún es soportable cuando la prueba alcanza a los demás y a nosotros no nos afecta. Desde la barrera nos convertimos en fatuos y a veces banales consoladores dando rienda suelta a explicaciones simplistas que no satisfacen a nadie.

Pero, el sufrimiento es universal y todo cambia cuando somos nosotros las víctimas del dolor. Entonces, los buenos sentimientos ya no bastan. Mientras la prueba siga siendo un enigma indescifrable, no sirve de gran cosa querer secar lágrimas. Hemos de transfigurar el sufrimiento, es decir, hacerlo cambiar y para ello es necesario introducir las ideas que lo iluminen interiormente. Es lo que querría que hiciésemos juntos y lo haremos con la palabra de Dios y con la ayuda de las reflexiones de algunos hombres de Dios que nos precedieron.

¿Por qué existe el sufrimiento?

Desde que el mundo existe, los hombres de buena voluntad se enfrentan a esta indignante y dolorosa pregunta. Buscan respuestas, pero ninguna de ellas les resulta plenamente satisfactoria.

El ateo responde con premura que es el AZAR; porque, si existiera Dios, no cabría la presencia del dolor. Su axioma es «el sufrimiento existe, luego Dios no existe». En último caso su sentencia es «Dios ha muerto».

Un poco menos radical es la posición dualista, que se limita a constatar la existencia del bien y la existencia del mal, y atribuye uno y otro a dos principios antagónicos e irreductibles, necesarios en su complementariedad. En lo religioso, el mazdeísmo fue el defensor más destacado del dualismo, pero en realidad es la nota distintiva del paganismo en general, porque sus dioses participaban de las cualidades divinas y de los defectos humanos convirtiendo a los hombres en títeres manipulados.

Estos razonamientos me parecen muy válidos para todas aquellas personas que no creen o para los que basan su fe en conceptos paganos, pero ¿qué decir de algunas preguntas de los llamados creyentes? ¿No están sus contestaciones envenenadas por conceptos erróneos de Dios?

¿Cómo concilia un hijo de Dios la existencia de un Dios bueno, con las imágenes de desolación y tragedia con que nos castigan los medios de comunicación cada día?

Si hubiera un Dios, ¿reinaría el mal sobre la tierra?, ¿qué hace frente al hambre, las guerras, las catástrofes naturales, etc.?

Reacciones de los cristianos

Unos, en su ingenuidad, niegan la realidad del mal para salvaguardar la omnipotencia de un Dios bondadoso.

Otros, por el contrario, reivindican su omnipotencia frente a la pequeñez del hombre. Callan para sólo pronunciar un “Dios lo ha querido así”. Pero, en realidad, ¿Dios lo ha querido?

Entre tanta duda, entre tanta confusión tanto de ateos como de creyentes, podemos constatar no obstante dos verdades comunes aceptadas por todos los hombres, ambas aprendidas y aprehendidas del ámbito de lo natural.

1.^a verdad: La existencia de unas leyes naturales y su inmutabilidad

Para todos resulta evidente que el hambre, la contaminación, las guerras, etc., son a menudo el resultado de unas voluntades políticas determinadas, de la ambición del hombre, del egoísmo, etc. Es decir, muchas veces, la mayoría de las veces, la humanidad es en gran medida responsable de su propia desgracia y la de su prójimo.

La sabiduría popular lo acepta sin rechistar: siempre se recoge lo que se siembra. Oseas 8:7 dice: «Sembraron viento, segarán torbellino. No tendrán mies, la hierba no dará harina y si la diera, extraños la comerían».

La naturaleza obedece a sus leyes en todos sus ámbitos, pues:

- a) nadie puede eludir las leyes naturales y no sufrir las consecuencias;
- b) además las mismas causas producen inevitablemente las mismas consecuencias.

Estos dos principios elementales de las leyes de la naturaleza se dan igual en el plano de la conducta humana. La denominaremos ley inmutable causa-consecuencia. Ésta quiere decir que la condición fundamental de la vida es la inmutabilidad de sus leyes y ninguna actividad da buenos resultados cuando éstas son burladas. Como consecuencia, el bien producirá siempre los mismos frutos y el mal los suyos propios. Pablo ratifica lo que venimos diciendo de la ley causa-consecuencia con estas palabras: «No os engaños, nadie puede burlarse de Dios. Todo lo que el hombre siembre, eso también segará. El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción. Pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.» (Gálatas 6:7-8).

El bien da bien, el mal da mal; el bien nunca da mal. Esto lo tuvo claro incluso un hombre al que no se le puede calificar de parcial. El ladrón dijo: «... a la verdad nosotros padecemos justamente porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos.» (Lucas 23:41). Otras mentes “más brillantes” no lo tienen tan claro.

2.^a verdad irrefutable: El dolor es útil

A quien está padeciendo dolor en estos momentos, esta afirmación no sólo le dejará perplejo, sino que incluso le molestará. ¿Puede el sufrimiento encerrar alguna utilidad? Volvamos al plano físico para intentar entender.

El dolor físico existe y pese a lo que hace sufrir, tiene como objetivo proteger la vida.

La percepción que el hombre tiene de sí mismo y de su entorno depende de su sensibilidad consciente, una sensibilidad cuyo soporte se encuentra en un sistema orgánico complejo, el sistema nervioso conectado con el cerebro. Cuando el cuerpo humano, bajo estas circunstancias, siente dolor, éste se transforma en una alarma. El dolor físico señala al cuerpo de los peligros a los que se expone. Le alerta y previene de males mayores.

Por ejemplo, vas a la playa y te tumbas al sol. Después de un rato la piel se pone roja y te empieza a doler. Este dolor no es absurdo. Responde a un objetivo. Es útil para señalar los peligros mortales. Es por tanto preservador de la vida. El dolor se intensifica a medida que la conciencia madura y en el hombre, con la conciencia reflexiva, aparece el dolor moral, un dolor también útil.

Alguno pensará: «mejor no sentir dolor». Que se lo pregunten a un leproso. Por desgracia, ellos no perciben el dolor y su vida corre por ello mayor peligro.

Estas reflexiones que son ciertas en el plano físico, lo son también en el ámbito moral. Con cualquier trasgresión se inicia un proceso de desajuste cuya finalidad es alertar a la conciencia. A lo largo de sus páginas, la Biblia atrae constantemente la atención de los lectores sobre este asunto. El mal desencadena un efecto boomerang:

«Sus propias culpas enredan al malvado y queda cogido en los lazos del pecado.» (Proverbios 5:22).

«Los malvados desenvainan las espadas, asestan el arco para abatir a los pobres y humildes, para asesinar a los honrados, pero su espada atravesará el corazón, sus arcos se romperán.» (Salmos 37:14-15).

En ese fenómeno de ida y vuelta, el dolor procura conducirnos a la razón, ese dolor moral que también funciona como advertencia. ¡Bienaventurados los hombres que sienten dolor por una falta cometida, porque eso demuestra que no tienen la lepra espiritual! Recordad la experiencia de David. Cuanto mayor fue su conciencia moral de lo que había hecho, mayor fue su dolor, un dolor que lo condujo al arrepentimiento. Pero en este punto se encuentran dos de las trampas más sutiles del enemigo.

- 1.^a trampa: defiende que el hombre recibe el sufrimiento en proporción a su pecado. A mayor pecado, mayor sufrimiento, como veremos más tarde. Es la teología de la RESTITUCIÓN.

- 2.^a trampa: el sufrimiento es el castigo de Dios por el pecado del hombre. A este equivocado concepto lo denominaremos causa-castigo.

Antes defendía la verdad causa-consecuencia, y la defiende. Pero no admito en ningún caso la idea de causa-castigo ¿Por qué? Porque ésta incluye en el axioma la participación consciente de otra persona que no es el sujeto de la acción, y que no se da en la realidad. Lo aclararemos con otro ejemplo:

- Si conduzco imprudentemente y a velocidad, corro un serio peligro. Admito que puedo tener un accidente y matarme. Ésta es la realidad de la causa-consecuencia.

- Si conduzco imprudentemente y a alta velocidad, corro un serio peligro. Dios me castigará con un accidente mortal. Ésta sería la causa-castigo que no puedo aceptar.

Si el hombre fuese honesto, reconocería que Dios no tiene que intervenir de una forma personal para infligir dolor. Dios no necesita castigar. Es el mal el que lo desencadena automáticamente. Es el mecanismo de las leyes el que interviene. Nuevamente la filosofía popular afirma que «cada pecado lleva su penitencia». Por desgracia, lo que la razón apoya con tanta claridad es desvirtuado incluso por traducciones inexactas de la Biblia. La nefasta creencia causa-castigo se ha infiltrado en las Sagradas Escrituras.

Tomemos como ejemplo el texto de Hebreos 12:6-11. Así se tradujo en la versión Reina Valera Antigua (como en la Biblia del Oso):

«Porque Dios al que ama castiga... Si sufrís el castigo, Dios se os presenta como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no castiga?... Los padres nos castigaban como a ellos les parecía..., pero el castigo de Dios para lo que nos es provechoso. Ningún castigo al presente parece ser causa de gozo sino de tristeza...»

Gracias a Dios que las siguientes traducciones como las Reina-Valera de 1960 o de 1990 han respetado el original. En el texto griego no se emplea la palabra kolasis (castigo) que viene de koptô (suprimir, restar) sino la palabra paideía que procede de pais (niño). El significado, por tanto, es que Dios, además de ser nuestro Creador, es nuestro Padre y como tal se toma muy en serio la formación de sus hijos, es decir, los educa y disciplina.

1.^a traducción: Dios castiga, es decir, impone una pena a quien ha cometido una falta. Como Dios castiga, se convierte en el causante del dolor.

2.^a traducción: Dios disciplina, es decir, instruye, enseña, educa dando lecciones. La Biblia de Jerusalén apoya esta idea al poner en una nota a pie de página: «la argumentación de este pasaje descansa en la noción bíblica de educación; *mûsar paideía* significa “instrucción por medio de la corrección”». Así, Dios no es el causante del sufrimiento pero lo transfigura y lo vuelve provechoso. La ley causa-consecuencia da como fruto de una mala acción el dolor. Dios lo encauza para hacer despertar nuestra conciencia y que retomemos el camino de la felicidad. El dolor, entonces, nos ayuda a corregir. Es en este contexto cuando podemos dar plenitud a las palabras de Pablo en Romanos 8:28: «Sabemos que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios.» Dios no desea el mal puesto que nos revela la forma de evitarlo. Pero una vez que nosotros lo producimos, le da utilidad y así lo deja entrar en sus designios. Así lo entendió José, quien, tras sufrir en Egipto, al presentarse a sus hermanos les dijo: «No os entristezcáis ni os enojéis con vosotros mismos por haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros... para que sobreviváis, para daros vida por medio de una gran liberación.» (Génesis 45:5, 7). Ante el dolor producto de la causa-consecuencia callamos porque en tendemos que «...Dios no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lamentaciones 3:33).

Pero ¿qué decir ante el sufrimiento INJUSTIFICABLE, el dolor que ataca a los inocentes?

Para el ateo, el mundo es producto del azar y el azar está carente de inteligencia, lógica y amor. Por lo tanto, el sufrimiento, como el bien, es una lotería. Pero, por el contrario, si yo considero a Dios como el punto de partida de la existencia, si lo acepto como creador de los cielos y de la tierra. ¿cómo asumir esta pregunta? La Biblia conoce un solo Dios y explica todo a partir de ese Dios único. Esta comprobación que debería afianzarnos nos desorienta. Si Dios es la única causa de todo lo que existe, ¿debemos hacerle responsable del mal? Muchos lo creen así. Y a los justos, cuando son puestos a prueba, desde lo más profundo de su ser les brota la pregunta: ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Jeremías el profeta va un poco más allá (y como Jeremías, David y tantos otros): «Tú eres siempre justo, oh Eterno, para que yo contienda contigo. Sin embargo, hablaré contigo acerca de tu justicia. ¿Por qué prosperan los impíos, y tienen bien los desleales?» (Jeremías 12:1). Si el sufrimiento es producto del azar, su ceguera no causa tanta indignación. Pero, desde la Antigüedad, llega un grito de rebeldía de los justos: «¿Por qué viven los impíos hasta envejecer, y crecen sus riquezas?» (Job 21:7). El sufrimiento parece enseñarse más con los buenos que con los malos. Las personas más honestas llevan a veces las cicatrices más profundas. Éste es el sufrimiento inexplicable, el sufrimiento ESCANDALOSO. Es la transposición de una palabra griega que designaba un objeto destinado a hacer caer a la gente. Un gran número de personas cae en el desánimo o la desesperación a causa del sufrimiento escandaloso.

¿Te hace caer a ti también?

La Biblia dedica un libro entero a tratar este problema: el libro de Job. Este libro es imprescindible no sólo porque en él se condensan muchas de las teorías erróneas sobre el origen del sufrimiento sino porque además, y sobre todo, enfoca correctamente el drama y su solución.

El sufrimiento de Job contradice muchas falsas doctrinas. Desde el comienzo se hace hincapié en que Dios no tiene nada que reprochar a Job y, sin embargo, las peores

calamidades se abaten sobre él. El sufrimiento de Job no se justifica racionalmente porque no siempre los problemas y sufrimientos del hombre son consecuencia de sus faltas.

Desde el comienzo, el libro de Job tiene el mérito de mostrar que la existencia del mal es también un drama para Dios, causado por su adversario Satanás. El mal es un problema que hemos de ver desde una perspectiva cósmica. Solamente así, ese enigma indescifrable que sobrepasa nuestro entendimiento, encuentra su explicación. En el prólogo ya se presenta lo esencial. Dios se encuentra con Satanás y le muestra a su siervo Job: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8). «Es lógico», responde Satanás, «Tú lo has colmado de bendiciones. ¿No querrás hacerme creer que Job te ama de forma desinteresada?». Éste es el verdadero TEMA DEL RELATO.

Satanás insinúa que Dios es incapaz de hacerse amar por lo que es. ¡Es el golpe más duro que se le puede infligir a Dios! Si no se le obedece por amor, Dios no es más que un ser poderoso rodeado de cortesanos, objeto de la adulación de los poderosos y el temor de los débiles. Al acusar a Job, Satanás está cuestionando al mismo Dios. Se trata de un ataque perverso, ya que no admite más que una demostración, la de permitir que las obras definan a cada uno. Es importante que comprendamos que el drama del sufrimiento no se desarrolla sólo en un plano humano. El libro de Job nos revela que Dios mismo está implicado en nuestras pruebas. Todo sucede como si Dios estuviera obligado a aceptar un reto y dejar que los acontecimientos sigan su curso hasta su desarrollo final. Dios no puede evitar los contratiempos de la historia porque la libertad del hombre ha limitado en una parte el poder de Dios. Frente a mi libertad, Dios no puede hacer nada. Satanás sabe que el hombre es libre de escoger pero insinúa que está condicionado por el favor divino. Comienza la lucha: «El Eterno dijo a Satanás: “Todo lo que tiene está en tu mano. Pero no pongas ni un dedo sobre él”» (Job 1:12). Job pierde bienes e hijos, sin embargo sus palabras expresan una fe admirable y un error: «Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo me iré. El Eterno dio, el Eterno quitó. ¡Sea el nombre de Dios alabado!» (Job 1:21).

Suele citarse a menudo este último texto, especialmente en los servicios fúnebres, para animar a una fe por encima de cualquier circunstancia. Pero dichas así, sus palabras socavan un primer fundamento que Job ignoraba: la ley inmutable de que el bien sólo da bien y el mal sólo da mal. El bien nunca produce mal. La muerte no procede de Dios. Es Satanás quien mata a sus hijos. Job, aunque equivocado, resiste con firmeza. Satanás vuelve a la carga: «Extiende ahora tu mano, toca su hueso y su carne, y verás si no te blasfema en tu rostro.» (Job 2:5). ¡Qué ladino! Le dice a Dios que Él toque su hueso y su carne, ¡como si el mal procediese del deseo y el corazón de Dios! Satanás incita a Dios a que haga lo que realmente sólo es deseo y obra del diablo. Dios no cae en la trampa y le contesta así: «El Eterno dijo a Satanás: “Bien, está en TU mano, pero guarda su vida”.» (Job 2:6).

Al aumentar la prueba, la fe de su mujer sucumbe, pero la de Job resiste (Job 2:7-10). Sin embargo sigue convencido erróneamente que el mal, al igual que el bien, procede de Dios (idea dualista).

¿Qué más podría hacer Satanás? Tiene una idea perfecta y perversa: enviarle a Job sus amigos Elifaz, Bildad y Sofar. ¿Para qué? ¿Para que le consuelen...? Durante siete días y siete noches quedan en silencio, sin saber qué decir. Pero Job advierte en ese silencio las acusaciones secretas que son más insoportables que la propia prueba. Como veréis, el refinamiento del diablo es exquisito. Los amigos se convierten en acusadores. La batería psicológica de los tres visitantes se resume en tres conclusiones:

1.º) Dios es justo e incuestionable. Nunca otorga arbitrariamente a los hombres favores o desgracias. Las desgracias son siempre un castigo merecido. Es la teoría causa-castigo.

2.º) Sólo hay una explicación a los sufrimientos de Job: ha cometido faltas que no quiere confesar.

3.º) Si te arrepientes, Dios te perdonará.

Según la teología de la «justa retribución» de la época, puesto que Job era justo debería estar inundado de felicidad. Pero la realidad contradice esta doctrina. Frecuentemente vemos cómo el injusto triunfa y el justo y el inocente padecen. «Hay honrados a quienes les toca la suerte de los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados» (Eclesiastés 8:14).

Job replica con vehemencia sobre esta realidad y proclama su inocencia (Job 21). Job se acerca a Dios y encuentra consuelo en la esperanza del restablecimiento final de la justicia, más allá de la muerte (Job 19:25-27).

Elifaz insiste: «¿Acaso te castiga, o viene a juicio contra ti a causa de tu piedad? ¿No es más bien por tu mucha maldad y por tus innumerables culpas?» (Job 22:4-5).

¡Qué persistente es esta idea ayer y hoy! Sufres porque has pecado y eres castigado. Es lo que se conoce como justa retribución.

Y esto, por tu bien, claro. Elifaz remata este planteamiento con un sermón de lo más piadoso: Job 22:21-28. Invito a estudiarlo. Reconcíliate con Dios y tendrás paz y te vendrá bien... Toma la ley de su boca y pon sus palabras en tu corazón. Si te vuelves al Todopoderoso, serás restablecido y alejarás de tu tienda la aflicción.

La verdad en boca de Elifaz se convierte en otra trampa. Se convierte en lo que Jesús llama un «siervo inútil» (Lucas 17:10), porque Elifaz se comporta como un fariseo, en alguien para quien es evidente que sirve a Dios para obtener alguna cosa y que la ley debe permitir al hombre justificarse, obtener la felicidad y salvarse. ¡Con qué facilidad se olvida que las buenas obras nunca pueden salvar al hombre! Porque la obediencia no tiene como objetivo la salvación. Elifaz se equivocaba; antes que la ley está la gracia, y ésta te lleva a la obediencia. Nunca al contrario.

Un nuevo interlocutor desarrolla una nueva explicación. Es el más joven, Elihú el moralista. Desde el capítulo 32 al 37 trata de vindicar a Dios. El propósito de su discurso es justificar que todo lo que sucede aquí abajo es la voluntad de Dios. Dice que existen pruebas de que el objetivo del sufrimiento es purificar al hombre, hacerlo mejor. Dios castiga al hombre con sus avisos para apartarle de sus malas acciones y protegerle de la soberbia. Otras veces lo corrige por la enfermedad. Y sigue razonando que no siempre estamos en condiciones de comprender a Dios. Dios es demasiado grande y sabio para que dudemos de su justicia. Conviene someternos a Dios, aún sin comprender, con la docilidad de la fe.

Podemos reconocer a Elihú el talento de vislumbrar esa parte de verdad de la utilidad del dolor. La prueba, cuando no provoca rebeldía, educa y ennoblece. Pablo escribe: «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, un carácter aprobado, y la aprobación alienta la esperanza» (Romanos 5:3-4). Pero, ¿podemos decir que la razón del sufrimiento es la purificación del hombre? ¿Ha inventado Dios el sufrimiento para mejorar a su criatura? Es imposible. No podemos admitirlo. Si el sufrimiento viniera de Dios para purificar, debería afectar sobre todo y especialmente a los malvados, ¡pero éste no es el caso! Hubiera sido inútil para Job, ya que era íntegro a los ojos de Dios.

¿Y qué decir del sufrimiento de Jesús? ¿En qué lo tenía que purificar si nunca pecó?, ¿en qué lo tenía que mejorar? Al leer los Evangelios, impresiona la solicitud de

Jesús para aliviar las penas, sanar a los enfermos, vendar a los quebrantados de corazón (Isaías 61:1-3). Si Dios hubiera deseado el sufrimiento para conducir al hombre a la santificación, Jesús no hubiera tenido que combatirlo, sino aceptarlo y justificarlo ¿Puede ser el mal la condición para el bien? ¿Cómo admirar y amar a un Creador Todopoderoso que ha elegido deliberadamente las guerras, el dolor y la muerte para modelar al hombre a su imagen? «“No me complazco en la muerte del que muere”: dice el Eterno» (Ezequiel 18:32).

Finalmente, Dios habla (Job 38 a 41)

Las primeras palabras de Dios son para describir las inescrutables maravillas de la Creación. Con preguntas hace ver a Job que la sabiduría y el poder de Dios están más allá de la comprensión del hombre. Luego le describe a Behemot y Leviatán, que simbolizan el poder del mal, y le sugiere que la armonía inicial de la Creación ya no está intacta. El orden que Él había establecido ha sido trastocado.

Job reconoce que habló cosas que no entendía pero ahora sus ojos ven (Job 42: 3,5). El campeón de Dios debía vencer no por la vista sino por la fe.

¿De qué sirvieron todos los razonamientos humanos entonces? ¿De qué sirvieron todos los razonamientos humanos hoy? « “Mi enojo se encendió contra ti y tus dos amigos porque no habéis hablado por mi lo recto como y siervo Job”, dijo el Eterno a Elifaz.» (Job 42:7).

¿Qué sufrimiento estás padeciendo en tu vida? ¿Es el sufrimiento escandaloso? ¿Te ha hecho caer? ¿Qué sentimientos te provocan las tribulaciones que te están tocando vivir?

¿Cuáles son tus argumentos?, ¿los que utilizaron los amigos de Job o los de tantos creyentes de hoy?

- ¿Te resignas ante lo inevitable? Si así lo haces, tu resignación implica que tienes una visión del mundo en el que se desencadenan poderes incontrolables, donde domina y reina una fatalidad brutal, injusta, incomprensible.

- ¿Te sometes porque «Dios lo ha querido así»? La sumisión conduce a una actitud pasiva y de incomprensión, la misma actitud que la de un esclavo o siervo hacia su amo que ejerce como señor y que ordena, y dispone de unos y otros a su antojo, sin matices ni explicaciones.

- ¿Lo aceptas? Con la aceptación renuncias a comprender las razones y los objetivos, porque tu idea de Dios es la de un ser Todopoderoso que dirige y conduce y que es infranqueable.

Para no equivocarte en tus reflexiones, recuerda:

1.º) El libro de Job afirma que el inocente también sufre.

2.º) La doctrina de «la justa retribución», que afirma que «quien sufre está pagando por sus faltas», expresa sólo una parte de la verdad. El sufrimiento no siempre es justo. Nuestro sufrimiento no es la medida de nuestra culpabilidad. Esta falsa teología es injusta para los desventurados, peligrosa para los afortunados y blasfema para con Dios, pues la causa-castigo no es de Dios si no del diablo.

3.º) En cambio, y esto es esencial, el sufrimiento siempre implica un llamamiento al arrepentimiento. Dios sólo es el origen del bien, nunca del mal. Dios no lo creó para servir como prueba para modelar al hombre, o santificarlo, pero *a posteriori* lo integra en sus designios, reorientando sus consecuencias negativas para fortalecernos y beneficiarnos.

4.º) Pero aparece el sufrimiento escandaloso, ese sufrimiento que no es pedagógico, que nos puede hacer tambalear, que siempre es injusto. Frente al porqué, el hombre toma conciencia de una fuerza opuesta al Eterno, alguien que ha deshecho y alterado el orden primigenio. Dios nos ofrecía una vida de una sola dirección, la de la felicidad y el crecimiento. Pero el hombre escogió conocer el mal y sus consecuencias al tomar del fruto del «árbol del conocimiento del bien y del mal». Entregamos el dominio de la tierra al enemigo. No hagamos a Dios responsable de ello.

5.º) El libro de Job describe la intromisión de un enemigo llamado Satanás. La acusación que lanza contra Dios es pérfida, envenenada, letal, porque nadie puede probar su falsedad sin dejar al enemigo un margen de maniobra. Dios no destruyó a Satanás cuando éste le retó y acusó. Podía haberlo hecho y evitar así muchos siglos de drama. Pero dejó actuar a Satanás, permitiendo que se manifestaran los frutos de sus obras. Sólo así pudo Dios desenmascarar al diablo, mostrar la falsedad y el engaño de sus acusaciones y descubrir su verdadero carácter. Recuperó a su creación no por la destrucción sino por el amor.

6.º) Muchos comentaristas ven a Job, en el Antiguo Testamento, como uno de los mejores tipos de Jesucristo. Como Job, víctima inocente, Jesús sufrió injustamente todos los ataques y la crueldad de la que era capaz Satanás. Con una única diferencia esencial: Dios puso límite al ataque de Satanás contra Job, pero no puso ningún límite en el caso de su Hijo Amado. ¿Por qué? Porque Satanás habría acusado a Dios de injusto y parcial diciendo: «Claro, como es tu Hijo...»

¿Acaso no son hijos suyos hombres como Job, Abel..., muchos mártires?

- Dios no quiso ni provocó el sufrimiento escandaloso de Job. Pero al vivirlo con confianza y fe en Dios, Éste pudo elevarlo y mantener una relación profunda con él.

- Dios no quiso ni provocó el sufrimiento escandaloso de Jesús que a muchos ha hecho tropezar. Pero gracias a que Jesús lo aceptó y el Padre no lo evitó, Dios pudo reconciliar al hombre con Él (Romanos 5:10), un hombre que se había apartado de Él y que volvía con corazón quebrantado al ver el amor de Dios manifestado en su Hijo.

Así, delante del Universo, quedó demostrado por Job, y sobre todo por nuestro Salvador, que la acusación de Satanás era falsa.

Satanás pone en duda a Dios. ¿Es capaz de hacerse amar por lo que es y no por lo que da? Desde este punto de vista, nuestra actitud frente a las pruebas puede prestar un servicio a Dios, acusado de no ser amado por sí mismo. Según el diablo, el hombre se acercaría a Dios únicamente por temor o por interés, de forma calculada. La experiencia de Job muestra lo contrario. Paradójicamente, el sufrimiento humano puede «justificar» a Dios, y al hombre en lo que concierne al amor. La victoria suprema de la vida consiste en ser capaz de amar a pesar de todo, mientras se desmoronan, una tras otra, las razones para seguir creyendo. Confiemos en la inocencia de Dios. Creamos en su Amor, un amor sin intereses que no quiere ni origina el mal al hombre, si no que lo disminuye o modifica para nuestro bien. En lugar de interpretar el sufrimiento como el drama de un castigo, conozcamos que Dios es nuestro Padre que vino hasta nosotros en el sufrimiento de Cristo para dirigirnos un llamamiento a confiar en Él.

Frente al clamor de los justos: «¿Hasta cuándo Señor...?» (Apocalipsis 6:10), cuando tu alma sufra un dolor injustificable, recuerda que tu dolor es el dolor de Dios, que te dice: «Ciertamente vengo en breve» (Apocalipsis 22:20) y «Enjugaré toda lágrima de vuestros ojos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor ni dolor porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21:4).